

PRÓLOGO, por Pedro Navascués Palacio.

*H*ace unos años fui amablemente invitado para dar una conferencia en el Instituto de Palencia y allí pude conocer, no sin producirme gratísima sorpresa, la existencia de una singular Asociación Jerónimo Arroyo, es decir, algo que muchos santones de la arquitectura verían hoy con impúdica envidia. Algunos de sus miembros me enseñaron en aquel encuentro el embrión de lo que entonces sólo era un sueño y ahora tiene el lector entre las manos como realidad tangible, esto es, un estudio sobre el arquitecto Jerónimo Arroyo cuya obra construida se identifica con buena parte de la imagen de Palencia como arquitectura y ciudad, sin olvidar el alcance social, político e industrial, que el nombre de Arroyo significó durante los primeros treinta años del siglo que en nuestros días se agota.

La importancia de este arquitecto, que no había sido citado más que puntualmente como autor de determinados y singulares edificios en Palencia y Valladolid, se pone de relieve tras el paciente trabajo de documentación y la reelaboración gráfica de las obras de Arroyo, llevada a cabo por los autores de este libro, José Luis Hermoso y José Antonio González Delgado. Hay, además, en todo este trabajo un personal empeño de los autores por rescatar del olvido no ya a Jerónimo Arroyo, sino a su arquitectura como el mejor reflejo de la sociedad palentina que vive, trabaja, reza y administra desde los edificios que él proyectó y construyó.

Desde esta perspectiva el valor de Arroyo es múltiple, pues de una parte representa aquella laboriosidad del arquitecto de finales del siglo XIX y principios

del XX que, en una capital de provincia, lo hacía todo, absolutamente todo. Es decir, fue arquitecto municipal, provincial y diocesano, hizo arquitectura pública y privada, hospitales, asilos, fábricas, monumentos conmemorativos, reformas, restauraciones y un largo etcétera al que habría que sumar los trabajos y los días que le ocuparon el resolver problemas tales como el abastecimiento de aguas a la ciudad, la modificación de alineaciones urbanas y el sinfín de menesteres que conllevaba el cargo de arquitecto de la ciudad.

Por otra parte, Arroyo, que nació para la arquitectura hace un siglo, pues de 1899 data su título de arquitecto, es un ejemplo transparente de las dudas que aquejaban a la arquitectura en unos años de desconcierto general, dentro y fuera de nuestras fronteras. Me refiero al fatigoso asunto del estilo en arquitectura que pesó de modo muy especial en los arquitectos de su generación, en la que además de los problemas acumulados por el historicismo del siglo XIX, ahora, al despuntar el siglo XX, se agudizaba por la ansiosa necesidad de encontrar una imagen arquitectónica que correspondiera a la novedad de los tiempos.

Los primeros años de actividad profesional de Jerónimo Arroyo coincidieron con aquella arquitectura modernista que los jóvenes arquitectos españoles sólo veían en las revistas de arquitectura y en sus viajes por Europa, y algo más tarde en los primeros y tímidos intentos por injertar los tiernos tallos de la arquitectura modernista en ciudades como Barcelona y Madrid. Jerónimo Arroyo había estudiado, sí, en las Escuelas de

Arquitectura de ambas ciudades, pero ni en una ni en otra se enseñaba “modernismo” en las aulas y nada podía haber visto en la calle porque nada se había construido en aquel sentido. El modernismo catalán todavía no se había expresado como tal, y las obras más tempranas de Doménech que pueden considerarse modernistas giran en torno a 1905, cuando Arroyo ya estaba trabajando de lleno en Palencia. Por otra parte, en Madrid, las primeras obras modernistas, según he tratado en otro lugar, no pueden adelantarse más allá de 1902, por lo que tampoco cabe esperar influencias por este camino. Sólo el mundo de las revistas de arquitectura y los catálogos de industrias artísticas y de diseño, en general, pudieron acercarle al frondoso repertorio modernista, pues todo lo demás navegaba por los derroteros del eclecticismo.

Es muy expresiva la conferencia pronunciada en 1900 por Jerónimo Arroyo en el Ateneo Palentino, y recogida en este libro, porque pone en boca de nuestro protagonista lo que deseamos subrayar aquí: “La arquitectura camina hoy sin rumbo fijo -dice Arroyo- habiendo una mezcla arbitraria de caracteres...”. Es decir, repite lo que todo el mundo afirma con sentimiento. Es la misma expresión que utiliza Repullés cuando, haciendo un balance de la arquitectura durante 1903, escribe en *El Heraldo de Madrid*: “La arquitectura continúa sin rumbos fijos, marchando por inciertos derroteros, en los que domina el eclecticismo, sin que falten ensayos del llamado estilo moderno”.

Estas palabras podrían definir bien el marco circunstancial en el que se desenvuelve Arroyo, así como su posición personal frente al espinoso tema de la expresión formal de la arquitectura. Yo entiendo que Jerónimo Arroyo fue siempre un buen arquitecto ecléctico, en el sentido genuino del término, en el utilizado por Victor Cousin en el terreno filosófico, esto es, libre y ponderada

elección entre los diversos sistemas de pensamiento, que cabe traducir en el terreno arquitectónico como libre elección entre los modelos ofrecidos por la historia de la arquitectura, sin excluir las posibilidades decorativas del modernismo. Así lo hicieron la mayor parte de los hombres de su generación. Arroyo fue uno de aquellos arquitectos en los que su juventud profesional coincidió con el joven estilo modernista, que la burguesía aceptó como provocador divertimento en el deseo de expresar a la vez ruptura y modernidad. Pero en el fondo muy pocas cosas habían cambiado, pues salvo excepciones, el modernismo fue la nueva y vistosa piel de un fatigado cuerpo arquitectónico que, verdaderamente, no se regeneraría hasta el Movimiento Moderno, regeneración en la que Arroyo no llegó a participar.

Hace unos años, en un libro sobre la arquitectura española entre 1808 y 1914, me refería de modo muy resumido a Jerónimo Arroyo en estos términos que, para mí no sólo siguen vigentes sino que lo escrito aquí por José Luis Hermoso y José Antonio González, me lo confirma. Decía entonces que este arquitecto “es muy representativo de este eclecticismo modernista que prende en ciudades que han permanecido alejadas de los focos modernistas más activos. Arroyo, formado en la Escuela de Barcelona donde obtuvo el título en 1899, trabajó fundamentalmente en Palencia dejando en Valladolid la obra modernista más significativa de la ciudad, la casa de Fernández de Laza (1906), de un fatigoso modernismo que no resulta bien asimilado pese al esfuerzo hecho por el arquitecto... Mayor interés encierra la variada obra palentina de Arroyo, que si bien no puede tacharse de modernista en sentido estricto, sí que recuerda en ocasiones obras que se han llamado modernistas en Barcelona. Pongamos por caso el interesante Asilo para Instituciones fundado por la vizcondesa de Villandrando (1909), donde Jerónimo Arroyo evocó un goticismo

mediterráneo en su fachada, rematada bajo el alero por un magnífico paño cerámico de Daniel Zuloaga, desde donde se vienen a la memoria los nombres de Doménech y Montaner y, sobre todo, de Puig y Cadafalch. No obstante, es esta una obra aislada en la producción del arquitecto palentino Jerónimo Arroyo, sin continuidad, con carácter episódico, pues su labor resulta zigzagueante entre el eclecticismo, modernismo, historicismo y nacionalismo..." En el fondo, son las mismas dudas que le llevaron desde las filas del Partido Conservador a las del Partido Liberal, con una tolerante actitud que estéticamente se traduce como ecléctica.

En esta línea de amplio espectro, Arroyo produjo mucho y bien, según se recoge con gran puntualidad en el texto, añadiéndose una exhaustiva relación de toda su obra. Pero desearía resaltar, desde estas primeras páginas, la decidida participación de Arroyo en el breve pero extendido episodio nacionalista, pues fue él uno de los que más claramente se manifestaron a favor de aquel "estilo español", neoplateresco, del llamado también "estilo Monterrey" pues partía de las versiones más o menos libres del célebre palacio salmantino cuya torre inspiró deliciosas páginas a Unamuno: "Esta mi torre de Monterrey me habla de nuestro Renacimiento, del renacimiento español, de la españolidad eterna, hecha piedra de visión, y me dice que me diga español y que afirme que si la vida es sueño, no es más que digestión que pasa, como pasan el dolor y el goce, el odio y el amor, el recuerdo y la esperanza..." Pocas veces se ha hablado desde el alma con la arquitectura como lo hizo don Miguel de Unamuno con la torre de Monterrey "a la luz e la helada". Para él aquella arquitectura venía a ser el alma de la españolidad, aunque todo esto hoy pueda tener tantas y tan interesadas interpretaciones.

En esta línea de sentimientos proyectó Arroyo el edificio de la Diputación de Palencia, de triste historia por su fuerte alteración y posterior incendio, y la Casa

de Correos de Valladolid, igualmente modificada. En ambos casos se utilizó un lenguaje neoplateresco, mas de alguna manera era un lenguaje inducido, pues son los años en los que se gesta todo un espíritu que culminaría en las conocidas "Orientaciones para el resurgimiento de una Arquitectura Nacional", presentadas por Ruca-bado y Aníbal González en el VI Congreso Nacional de Arquitectura, celebrado en San Sebastián en 1915. En ellas se exige, entre otras cosas, que los concursos de proyectos que establezcan los diferentes Ministerios, Diputaciones, Ayuntamientos y demás centros oficiales, determinen preferencias para los inspirados en nuestros estilos nacionales.

En aquel mismo año de 1915 se aprobaba el presupuesto para la construcción de las Casas de Correos y Telégrafos de España -según he tenido ocasión de tratar en mi libro sobre "Arquitectura postal" -, y de ese mismo año data la memoria del proyecto en el que Arroyo adoptaba el estilo neoplateresco para el interior y fachadas de la Casa de Correos de Valladolid, al igual que había hecho el propio Ferrero, también concursante para Valladolid, o según puede verse en el actual de Palencia.

Así, poco a poco, al ir adentrándonos en los diferentes capítulos del presente libro, se van planteando cuestiones varias que hacen aún más sugerente su lectura, sin perder de vista las aportaciones documentales originales, y otros rincones del máximo interés como la nómina de otros arquitectos que bien en su condición de municipales bien como diocesanos, contribuyeron a perfilar la fisonomía de Palencia como ciudad. Entre todos ellos, Arroyo oficia de hermano mayor y como tal en su calle, también Mayor, aún podemos leer con júbilo compartido su nombre en la fachada del que fue su estudio. No conozco otro caso en ciudad española alguna y me cuesta recordarlo en otra ciudad europea.

Madrid, 24 de febrero de 1999